

Cp. F. 187
11

CARTA PASTORAL

QUE

EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DR. D. VICTORIANO GUIASOLA Y RODRÍGUEZ

Arzobispo de Santiago de Compostela

DIRIGE

AL CLERO Y FIELES DE SU ARCHIDIÓCESIS

CON MOTIVO

de su solemne entrada en la capital de la misma.



SANTIAGO

Imp. del Seminario Conciliar

1886

A-1881371775

R. 2139



NOS EL DOCTOR DON VICTORIANO GUIASOLA Y RODRÍGUEZ,

por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo de Santiago de Compostela, Capellán Mayor de S. M., Juez ordinario de su Real Capilla, Casa y Corte, Notario Mayor del Reino de León, Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden Americana de Isabel la Católica, de la Militar de Santiago, etc., etc.

Al Venerable Deán y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Apostólica y Metropolitana de Santiago, al Venerable Abad y Cabildo de la Colegial de la Coruña, á nuestros Arciprestes y Párrocos, á los Religiosos y Religiosas, y á los fieles todos de nuestra Archidiócesis, salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

I

Hermanos é hijos nuestros muy amados: Por disposición adorable de la divina Providencia, y sin mérito alguno nuestro, hemos sido promovidos de la modesta Silla de Orihuela, que satisfechos veníamos ocupando, á esta Apostólica y Metropolitana, tan célebre en los fastos de la Iglesia universal desde tiempos antiquísimos, y celeberrima ahora por el reciente providencial suceso, que ha llenado de júbilo á la cristiandad entera. Grande es asimismo, inmensamente grande, el que inunda hoy nuestro corazón, al probar por experiencia propia en las demostraciones, con que hemos sido recibido, y por las que os tributamos encarecidas gracias, que venimos á apacentar una grey poseida del más vivo sentimiento religioso; la cual, sin duda por su acrisolada fé y piedad acendrada, ha venido siendo, y es en la actualidad, objeto singular de la divina predilección.

Referímonos, como bien habreis conocido, á la invención de los sagrados restos del gloriosísimo Santiago, nuestro padre en la fé y nuestro patrono, en cuyo suceso entráñanse, á no dudarlo, designios misteriosos de misericordia y de amor. ¿Qué ha de hacer, pues, esta región afortunada sino agradecer íntimamente tan señalado beneficio del Señor, y corresponder con santa decisión á sus soberanas miras y fines adorables?

II

Han solido decir hombres pensadores que las revoluciones y los desengaños han gastado el entusiasmo; y por lo que hace al religioso, combatida la piedad en todas direcciones y resfriada lastimosamente la fé de los pueblos, es por lo común tal aseveración una verdad que aflige; y aún fuera menos sensible, si á medida que decae el entusiasmo legítimo, no surgiese y prevaleciese otro entusiasmo infernal de funestísimo augurio. Ya no se verán Emperatrices como Elena y Constanza, visitando la primera los santos lugares de la Palestina y dejando allí monumentos de su munificencia régia, é impetrando del Papa la segunda con vivísimas instancias la cabeza de San Pablo para colocarla en gran liosa Basílica, por ella á tal efecto construida en la insigne capital del imperio de Oriente. Ya no se verá á un Heraclio, despojado de los vestidos imperiales y hasta de su calzado, llevar sobre sus hombros la Cruz del Salvador rescatada del poder de los Persas, y restablecerla en la cima del monte de nuestra redención. Ya difícilmente se agitarán los pueblos en masa para acompañar en devotas procesiones las reliquias de los mártires, ó visitarlas en peregrinaciones indescriptibles, de toda tribu, pueblo, nación y lengua. Pero en cambio se acuñarán medallas para honrar la memoria de los malvados, veréis inundadas de sus retratos las ciudades y campiñas, acuérdanse pensiones para sus familias, apellídaseles mártires y redentores de la humanidad, cómpranse á precio fabuloso hasta sus cabellos, y dirígense á sus sepulcros numerosas romerías para reverenciarlos como á seres casi divinos. Y á vueltas de tal escándalo, los mismos, que así proceden, osan vituperar indignamente á los católicos por su devoción á las reliquias de los verdaderos héroes, de los verdaderos patricios, de los verdaderos bienhechores de la humanidad, que han gastado la vida en

remediar sus miserias, y la han edificado con sus enseñanzas y virtudes sobrehumanas.

¡Tal es el mundo! Pero no así vosotros, A. H. N., que no participais en manera alguna de sus extraviadas y pervertidas ideas. Entre vosotros, los hijos de este bendito suelo, en que jamás se ha eclipsado ni atenuándose el fulgor del astro luminoso de la fé, tampoco ha podido decaer, ni menos extinguirse, el entusiasmo religioso. Habéislo demostrado y seguís demostrándolo con ocasión del indicado hallazgo de esos preciosos restos, que desde largo tiempo permanecían ocultos; los del ínclito Apóstol y padre de nuestra fé, que habiendo recorrido *quasi pennatus*, como de S. Pablo dice el Crisóstomo, de un extremo á otro nuestra península para sembrar la semilla evangélica, y vuelto á Jerusalén para derramar el primero entre los Apóstoles su sangre por la fé de Cristo, quiso legar á este país de su predilección sus mortales despojos para constituirse nuestro protector y amantísimo patrono. ¿Cómo el pueblo gallego podía mostrarse indiferente ante el hallazgo de tan preciado tesoro, y heridas en lo más íntimo las delicadas fibras de su piedad, no prorrumpir en demostraciones ostensibles de santo regocijo?

Digno y justo es, A. H. N.: nos complacemos en ello vivamente, y en gran manera nos congratulamos de participar de vuestros sentimientos de devoción acendrada hácia esas reliquias venerandas; y en medio del temor, que nos asalta, al haber de ocupar un puesto, no menos superior á nuestras fuerzas que á nuestros merecimientos, sentímonos alentados, al considerarnos custodios de tal depósito sagrado, y por ende colocados bajo los auspicios del que ha de serlo á la vez de la fé y religiosidad de nuestros queridos diocesanos.

III

Pero un pensamiento nos asalta, y más de una vez, (no habremos de ocultároslo) nos ha preocupado seriamente. Si el fausto acontecimiento, que ha ocasionado vuestro júbilo, no es con efecto, según opinan hombres reflexivos, un hecho aislado y de pequeña importancia, sino de grande y consoladora trascendencia; si, como afirma el mismo San Juan Crisóstomo citado por nuestro augusto Pontífice León XIII en sus Letras Apostólicas *Deus Omnipotens*, que habriais

de reproducir en caracteres de oro, «son los cuerpos de los Santos otras tantas fuentes perennes en la Iglesia, de las que manan, como de salu-
tíferos arroyos, los dones celestiales, las gracias y beneficios, de que más necesitamos;» si á vista del venturoso descubrimiento, á que nos referimos, no es infundado el presagiar que Dios «se dignará conceder á este pueblo de su predilección, como consigna en dicho documento nuestro Santísimo Padre, la gracia de fortalecerse en medio de ese diluvio de errores, por la intercesión y mediación de su patrono celestial, en la santidad de la Religión de sus padres y en el fervor de su piedad;» si tal debe augurarse; si esta felicísima restauración es, no solo posible, sino realizable, no un sueño fantástico, sino una fundada y legítima esperanza ¿cómo es que ha desaparecido de la escena el insigne Prelado, que concibiera y llevara á feliz éxito aquella grande empresa, fundamento de tan bellos y consoladores presagios? ¿Por qué no habría de desenvolver y ultimar la grande obra, y saborear el dulce fruto de su laboriosidad y de su celo?... Y dado que por altos é inescrutables juicios de la divina Providencia, que no nos toca escudriñar, hubiese de dejar esta Archidiócesis para regir la primada de las Españas ¿cómo es que, al designársele sucesor para esta Compostelana, se han puesto los ojos en nuestra humilde persona, y no en otro varón de mérito señalado, que pudiera secundarle dignamente, y continuar la série de esclarecidos Prelados, que, eminentes en santidad y letras, han venido enalteciendo esta insigne Metrópoli? ¿Habeis pensado en ello A. H. N.?... Pues Nós lo hemos pensado, y lo consideramos de continuo!....

¡Si será que tan bellas esperanzas hayan de quedar frustradas, y en vez de inaugurarse una era de feliz restauración, haya de acentuarse y agravarse la de nuestra decadencia! Mas para esto no había necesidad de evocar el símbolo de nuestras antiguas grandezas, haciendo reaparecer los restos venerandos de Santiago, cuya gloria sin duda quedaría menoscabada haciéndole presidir á la ruina de los que han sido siempre sus hijos muy queridos. Y si tales fuesen ¡ó Dios Santo! vuestros secretos designios en nuestro pontificado, bien haríais en borrarlos del libro de los vivientes, antes que consentir fuésemos instrumento de vuestra justicia, ó bien una rémora al verdadero progreso de la Religión y de la patria.

Pero no, H. N.: á fuerza de meditar, ocúrrese á nuestra mente

otra muy fundada solución del que parecía misterioso problema. Es que Dios no ha abandonado su regla ordinaria de proceder valiéndose para las cosas mas árdúas de inadecuados instrumentos; de la endeblez para sobrepujar á la fuerza, de la ignorancia para confundir á la sabiduría, y de lo que no es para triunfar de lo que presume ser. Obra suya, y no humana, es preciso aparezca la feliz restauración social y religiosa que auguramos, porque celoso Él de su gloria, no ha de cederla á otro alguno: *Gloriam meam alteri non dabo* (1). Pues bien, oid lo que se nos ocurre: cuando Joab estaba á punto de tomar á Rabat, capital de los ammonitas, hizo llamar al Rey para que apareciese como el héroe de tan gloriosa jornada; *no sea, decía, que, habiendo yo destruido la ciudad, se atribuya á mi nombre la victoria* (2). Por parecida manera en el comienzo de esa era de rehabilitación, objeto de nuestros votos y esperanzas, el insigne varón, que la iniciara, retirase providencialmente para que, siguiéndole un prelado de más humilde estofa, no á medio alguno humano sea atribuida la obra salvadora, sino á Dios y solo á Dios por intercesión del Santo Apóstol.

Sí: lo esperamos, A. H. N., aunque por lo que á Nós toca, escaséemos de ciencia y de virtudes, y sólo aportemos una buena voluntad, un buen deseo, un excelente deseo. ¡Oh, sí!: en eso no cedemos á nadie: lo demás lo hará el Señor, mediante vuestras plegarias unidas á las nuestras, con viva fé derramadas ante el glorioso hipogeo de nuestro augusto Patrono.

IV

Habian permanecido sus mortales despojos desde los tiempos primitivos de la Iglesia en el lugar elegido y santificado, acogiendo él allí los votos y oraciones de nuestros mayores, á quienes dispensaba visible protección en sus empresas heróicas, y recibiendo también los homenajes de multitud de peregrinos, que de todas partes afluián á implorar sus favores. Eran infieles los que por entonces afligían al pueblo de Dios, y las Reliquias del Hijo del Trueno constituían el Símbolo de unión, é inspiraban á los cristianos valor y fortaleza, que en ocasiones extremas él mismo reanimaba apareciendo en los com-

(1) *Isai XLIX. 11.*

(2) *2. Reg. XII. 28.*

bates cuál ministro formidable del Dios de los ejércitos. Mas, cuando surgieron otra clase de enemigos, que, desertores de la milicia sagrada, no aguardaron anatema, sino que *se segregaron á sí mismos* (1); cuando sonaron estrepitosamente los nuevos enemigos de Dios, y los que le aborrecían irguieron su cabeza; cuando, en frase de Jeremías, *del Aquilón se extendió el mal sobre todos los moradores de la tierra* (2), conmoviendo en sus cimientos la Religión y la sociedad; cuando una turba de tenebrosos errores, cual plaga desoladora salida del averno, innovaron y desquiciaron toda doctrina religiosa, moral y filosófica, y las ciencias, antes auxiliares de la Religión revelada, se emanciparon de su tutela y vinieron á declararle abierta guerra; y cuando por resultado de todas estas luchas y de esta universal perturbación, sobrevino el quebranto de la fé, el resfriamiento en la piedad, y el frio indiferentismo, que hiela y empequeñece las almas, entonces, en medio de esa fatídica oscuridad, que amenazaba sumergir al mundo en un nuevo caos, más pavoroso que el que le diera origen, los restos del Santo Apóstol, cual si nos retirase él su protección para dejar obrar á la justicia suprema, hubieron de ocultarse, bien así como faro antes luminoso, que rehusa al navegante sus fulgores en medio de tenebrosa y deshecha tormenta.

Y esta sigue, A. H. N., y por desgracia parece embravecerse. El Vicario de Cristo en la tierra gime como en cautiverio, y la Iglesia viene siendo el blanco de contradicción universal, y las sectas satánicas se agitan sin reposo, inyectando en las venas de la sociedad el mortífero veneno de sus impías doctrinas y máximas deletéreas; y «todo anda mezclado y perturbado, sangre, homicidio, hurto y engaño, corrupción é infidelidad, turbulencia y perjurio, tumulto de los buenos, olvido de Dios, contaminación de las almas, trueque de nacimiento, inconstancia de matrimonios, desórdenes de adulterio y de impureza (3).» Y si bien, por la divina misericordia, no á todos los paises, ni á todas las poblaciones es aplicable esta descripción tomada del libro de la Sabiduría y referente á los idólatras, harto saben los que conocen el estado del mundo, que, habiendo de pintar al natural las costumbres de muchos pueblos antes educados en la moral católica, nos

(1) *Jud. VII.* 19.

(2) *Jerem. I.* 14.

(3) *Sap. 14.* 25.

acercaríamos aún más á la exactitud, si el miramiento al decoro no nos vedase transcribir y aplicarles la todavía más negra descripción que hace el Apóstol S. Pablo de las costumbres del pueblo pagano (1). Y es también cosa para ser notada y lamentada, que esos cristianos degenerados, *aun viviendo en guerra de ignorancia, llaman paz á tantos y tan grandes males*, (2); y cuando han ahogado en sí propios todos los sentimientos de piedad, y extirpado en sus corazones toda raíz de cristianas virtudes, reduciéndose su alma á un yermo desolado, entonces viven satisfechos y contentos, blasonando de que son libres y que disfrutan paz, como aquellos paganos de quienes dice Tácito muy gráficamente: *Cum solitudinem faciunt, pacem appellant*. Y esto que pasa en los individuos, asimismo acaece en la sociedad: todo vá prósperamente, todo está en paz, todo en profunda calma, todo en silencio; pero es la paz y silencio de los sepulcros, donde los gusanos se ceban á placer en las víctimas de la muerte.

Quizá os parezca, A. H., una exageración mía; pero es que vivimos, afortunadamente, donde menos se han dejado sentir los sacudimientos revolucionarios, y menos desastrosas han sido sus consecuencias. Dirigid, empero, una mirada escrutadora por los demás países de Europa y de América, y os convencereis de que no nos separamos un ápice de la realidad. Hanse hecho y se prosiguen haciendo por doquiera los mayores esfuerzos para separar al pueblo de la influencia de la Religión; y, cosa que parecería increíble, millares de personas que blasonan de ilustradas, trabajan afanosas cual turba de dementes en demoler el edificio, que les dá abrigo, y que al derrumbarse habría de aplastarlos bajo de sus ruinas. No advierten que ese pueblo sin Religión, fascinado con la palabra *libertad*, sinónima para él de libertinaje, es, al decir de Montesquieu, á quien seguramente no se tachará de asustadizo, semejante á la fiera, que no se siente libre sino cuando devora; así como ese mismo pueblo, enloquecido, tampoco echa de ver que al fin, restableciéndose temprano ó tarde los principios de orden, sólo obtendrá en definitivo resultado el haber sido instrumento para que se remachasen sus cadenas.

¡La tormenta sigue, pues! El gran Pontífice Pio IX, al contemplar entristecido el estado del mundo, exclamaba en cierta ocasión con los

(1) Rom. C. 1.

(2) Sap. XIV. 22.

brazos levantados al cielo: «La tempestad se ha desencadenado; la tempestad revolucionaria sube, sube sin cesar, y subirá todavía; subirá tan alta, que creyentes y no creyentes se verán precisados á confesar que ven en ella la mano de Dios.» Hasta ahora, repetimos, no ha bajado su nivel. ¿A dónde llegará, ó cuándo sonará la hora feliz del desengaño, y se abrirá todo oído para escuchar la voz de Dios? Nuevo Israel, diríamos hablándole en su nombre, *¡Utinam attendisses mandata mea!: facta fuisset velut flumen pax tua, et justitia tua sicut gurgites maris* (1): ¡A haber sido fiel á tu Dios y Señor, tu prosperidad, tu abundancia habría sido colmada, y abundoso y perenne el premio de tu justicia como los remolinos que hacen las aguas: «no hubiera perecido ni menoscabádose tu nombre, ni hubiera acaecido que tu alta fama y gloria fuese envilecida, y vergonzosamente hollada!» Y así habrá de ser al fin, resolviéndose el nuevo Israel á obedecer sus mandamientos soberanos; porque quien pudo enviar las aguas del diluvio para castigar á la humanidad delincuente, también fué poderoso para hacerlas bajar con oportunidad, á fin de que la abreviada estirpe de los justos se multiplicase, y la tierra volviese á poblarse purificada de antiguas maldades.

V

El Señor, como en otro tiempo, en medio de su ira, hase acordado de su misericordia; porque eso y no otra cosa parece indicarnos la reaparición de las sagradas reliquias, que han sido siempre para nosotros emblema de aquella y prenda suya jamás fallida. Vuelve á dejarse ver la estrella misteriosa, que presidiera á nuestras pasadas glorias, y no puede menos de renacer nuestra esperanza de arribar nuevamente á puerto de ventura. Y ¿quién sabe lo que bajo la protección de Santiago pudiera todavía llegar á ser España? Tal vez le será dado operar dentro de sí una feliz evolución religiosa, que pudiera trascender á las demás naciones: tal vez le quepa la gloria de iniciar é impulsar decisivamente una restauración católica y social en el mundo entero, poniendo dique á la revolución impía, como en otro tiempo, victoriosa de la media luna en Las Navas, en Lepanto y en otras jornadas gloriosísimas, impidió que las regiones más florecientes de Eu-

(1) *Isai. XLVIII. 18.*

ropa fuesen sometidas al yugo mahometano! «¿Quién no abrigará esa consoladora esperanza, hemos leído con santa fruición en el insigne documento suscrito en esta ciudad por honorables y fervientes católicos, y dirigido á la cristiandad entera en 19 de marzo de 1835? ¿quién no abrigará en su pecho esa consoladora esperanza de que el descubrimiento de las Reliquias de Santiago ha de ser el augurio feliz de una restauración religiosa y social en Europa y en el mundo entero? ¿No fué España la que á la sombra de la bandera de tan glorioso caudillo cerró el paso de los Pirineos á los sectarios del Corán? ¿No impidió su espada triunfante en Las Navas de Tolosa que el jefe de los Almohades talara con sus salvajes hordas los campos de la Provenza y, salvando los Alpes, dejara yermas las fértiles campiñas de Italia, y según había jurado, abrevase sus corceles en el baptisterio de Letrán, y plantase el estandarte de la media luna en las torres del Vaticano?» Hemos transcrito con singular complacencia las precedentes palabras, porque revelan fé viva, entusiasmo religioso y patriótico, y expresan una idea, una grande idea y una bellísima esperanza, que también habían brotado en nuestro ánimo y que dulcemente acariciamos. España está postrada; significa hoy poco, muy poco ante las demás naciones engreidas con su prosperidad y pujanza; pero ¿quién sabe, volvemos á decir, lo que vendría á ser España bajo la protección de Santiago, si ella, reanimando su fé, volviese á ser fiel á Dios? Nadie ciertamente ha podido leer en el libro sellado de lo porvenir, ni osaría asegurar que esta nación, ahora postergada y casi menospreciada, no haya de levantarse para ser otra vez el instrumento del Señor en la realización de grandes y misericordiosos designios.

Tenemos en apoyo de esto el ejemplo del antiguo pueblo de las promesas y de las esperanzas, al cual acaecía que siempre que era infiel á Dios y menospreciaba su santa ley, quedaba vencido y humillado aun por enemigos inferiores en número, los cuales profanaban sus cosas santas y le vejaban y oprimían sin piedad; mas cuando arrepentido se convertía al Señor, en medio de las condiciones más adversas tenía siempre segura la victoria.

Guárdenos Dios de tener la pretensión temeraria de descorrer el velo de sus adorables juicios, que son para los mortales impenetrable abismo. Pero sean los que fueren, toca á nosotros los españoles, y con especialidad á los hijos de esta tierra clásica del Catolicismo, mostrar-

nos reconocidos al nuevo beneficio del Señor, y cooperar á sus altos designios, que son, á no dudarlo, de bondad y de misericordia.

Y que no habeis sido indiferentes á tan señalado favor, habeislo mostrado bien, hijos de Galicia: los buenos os han contemplado con santo gozo, bendiciendo á Dios, que en vosotros conserva tan robusta fé y tan acendrada piedad; ya que los malos, por el contrario, lo hayan visto con despecho. No sean, empero, estériles vuestras demostraciones, y pues que Dios se propone seguramente algún fin santo, prestaos á allanar el camino á sus misericordiosas bondades.

VI

A tal propósito cúmplenos encareceros, en primer término, que redobleis vuestra vigilancia para conservar el depósito sagrado de vuestra fé y hagais incesantes esfuerzos para reanimarla, *porque los dias son malos* (1).

El mundo está inundado de doctrinas erróneas y perniciosas; pues que se propalan en la prensa, en las cátedras, en los ateneos, en los casinos, en los viajes, en las tertulias, y hasta en los talleres y tabernas. Que si en otras cualesquiera materias, ajenas de la respectiva competencia, los hombres con ingenuidad se confiesan profanos, en punto á Religión no há lugar á la pregunta del Apóstol: *¿Numquid omnes doctores?* (2). Con ser ciencia sublime y la reina de las demás, todos ó casi todos, sin haber hecho estudio de ella y ni siquiera á las veces del pequeño catecismo de la infancia, hablan, y discuten, y deciden, y dogmatizan, arrogándose una infalibilidad que deniegan al Vicario de Cristo. Respiramos por tales causas una atmósfera maléfica saturada de impiedad; y cuanto vemos, cuanto oimos, cuanto nos rodea conspira á ofuscar nuestra mente, y á debilitar y disipar nuestras antiguas y venerandas creencias.

Evitad, pues, y haced, los que sois padres, que eviten vuestros hijos estos peligros, neutralizando todo contagio con sanas y provechosas lecturas, con el trato y comunicación con los buenos, y especialmente mediante el ejercicio santo de la oración, por cuya virtud se os continúe el don preciosísimo de la fé; el cual no se adquiere

(1) *Ephes. V. 16.*

(2) *I. Cor. XII. 29.*

principalmente por diligencia propia, sino por inspiración de la gracia, y por la causa misma que se engendra, debe obtener estabilidad é incremento. Mas como quiera que *Dios resiste á los soberbios, y á los humildes dá gracia* (1); *y oculta sus misterios á los sabios y prudentes, y los revela á los púrvulos* (2), *no queráis saber más de lo que conviene saber, sino sabed con sobriedad* (3), ni presumáis saber altamente, sino dejaos poseer del temor santo, que es *principio de la sabiduría* (4). Temor y modestia demasiado razonables y fundados, y que, como dice Tácito, constituyen parte de la sabiduría verdadera: *Nescire quaedam, pars est sapientiae*. Porque al fin ¿qué viene á ser toda la ciencia del hombre?; y aun acerca de las cosas, que caen bajo la acción de sus sentidos y dentro de la esfera de su razón ¿qué es lo que sabe, y qué proporción guarda esto con lo que ignora? Ni de un grano de arena pueden dar explicación las inteligencias de primer orden, teniendo que declararse impotentes para comprender su esencia íntima; ni de una florecita, que despliega sus galas, ó del insecto que en torno de ella se agita, pueden explicar satisfactoriamente el organismo, ni precisar al agente secreto que les dá vida; ni menos elaborar á imitación de ellos un *facsimile* inspirándole vida y fecundidad. Y si con tales dificultades tropezamos para *alcanzar lo que hay en la tierra, y lo que tenemos delante, hallamos con trabajo; mas lo que está en los cielos ¿quién lo investigará? ¿Y quién sabrá, Señor, tu consejo, si tú no le dieres sabiduría, y desde lo más alto le enviases tu Santo Espíritu?* (5). Es, pues, colmada presunción llegar á figurarse el hombre que todo ha de estar sometido á su pobre inteligencia, y que á su criterio limitado y falible deben acomodarse los dogmas de la fé, que trascienden infinitamente los alcances de aquella. Aspirar á sobreponerse con la razón á la razón misma, fuera un estupendo absurdo, si no mereciera calificarse de verdadero delirio.

Carecen, pues, de todo fundamento los alardes de la ciencia pre-

(1) *Jacob. IV. 6.*

(2) *Luc. X. 21.*

(3) *Rom. XII. 3.*

(4) *Prov. I. 7.*

(5) *Sap. IX. 16. 17.*

suntuosa, que, tropezando siempre y por doquiera con enigmas indescifrables, hasta el punto de ser para ella el misterio como regla general, y la evidencia una excepción; osa menospreciar el orden sobrenatural, é insolente y desdeñosa lo rechaza como inconciliable con los progresos de la ciencia. Finge entre ésta y la fé verdaderos conflictos; y es que, en vez de verdades evidentemente demostradas y propiamente científicas, ofrece con aparato, en contraposición á los dogmas revelados, meras hipótesis, ingeniosas cavilaciones, teorías aventuradas, recibidas hoy con aplauso para ser mañana relegadas á sempiterno olvido. Por lo demás ¿cómo entre la razón y la fé, comparables á dos ramas que parten de raíz idéntica, á dos arroyos que derivan de una misma fuente, á dos rayos de luz que se desprenden de un solo eterno foco, habría de existir verdadero antagonismo? Pero hay de particular que la razón pocas veces funciona desembarazada y serena; es falible, es insegura, procede con paso trémulo; y cuando orgullosa presume remontarse sobre su esfera natural de acción, faltándole las alas, precipítase en lastimosas caídas. Por el contrario la fé, teniendo su elemento vital en esa región sublime, ciérnese sobre ella como el águila por cima de las nubes, y de allí descende majestuosa y circuida de esplendorosa luz para venir en auxilio de la razón, apoyar y consolidar sus conquistas, abrir nuevos horizontes á su actividad científica, y prestarle por fin misteriosas y seguras alas, á favor de las cuales logre levantar su vuelo hasta el alcanzar de la Suprema Verdad, no para discutir, sino para adorar.

Con lo cual, y á pesar de lo cual, no abdica ciertamente la razón humana sus legítimos derechos, ni debe en manera alguna estimarse rebajada; ya que, si los misterios, por el hecho de serlo, no pueden mostrar en sí mismos evidencia, llévanla virtualmente como asociada en las razones luminosas que los hacen creíbles. Y puesto que tal no aparezcan á los ojos de los sabios según la carne, cuya falsa sabiduría place á Dios perder y reprobar, á punto de que, siempre estudiando y sin cesar aprendiendo, jamás lleguen al conocimiento de la verdad, óbvio es deducir para nuestra enseñanza que la fé no es hija de la discusión ni del estudio, sino don precioso del Altísimo, que graciosamente concede á los humildes y de corazón limpio; y que si, mediante la demostración científica, pudiera alguna vez prestarse asentimiento á las verdades reveladas, esta sería una fé meramente

humana, y no la sobrenatural y divina, base de la justificación y raíz y fundamento de la salud eterna.

VII

Y hablamos en hipótesis, A. H. N., porque tampoco es cosa fácil que el ánimo extraviado, donde no alcanza á penetrar la lumbre de la gracia por hallarlo preocupado con la soberbia, llegue nunca á percibir y menos á confesar paladinamente la fuerza de las pruebas de credibilidad, en que se muestra apoyado nuestro asenso á los dogmas de fé católica. Lo común es rechazar aquellas, sin darse la pena de estudiarlas, ponderarlas y apreciarlas debidamente; con lo cual esos desventurados llegan á hacerse ciegos voluntarios, condenándose á sí propios á palpar por doquiera tinieblas, ya que cierran sus ojos, no solo á la luz sobrenatural, sino también á la de la razón, que tanto cacarean y enaltecen.

Vivid, pues, prevenidos y cautelosos, A. H. N., contra la palabrería de profana novedad, con que muchos espíritus lijeros, esquivando toda demostración filosófica y científica, ya que ni tienen para ella instrucción ni base sólida, osan declarar *á priori*, afectando infalible magisterio, que la Religión es absurda, é inconciliables sus dogmas con los adelantos de la ciencia. Pero si esta, que con el Apóstol llamaríamos *ciencia de falso nombre* (1), es la que así puede expresarse, fantaseando conflictos con la doctrina católica, acaece asimismo que solo una falsa filosofía y una ciencia política y económica también falsas, superficiales y livianas, han podido imputar á nuestra augusta Religión el ser enemiga del progreso social, y antagonista de los adelantos útiles. Y es que sólo califican de tales á los adelantos materiales, y figúranse progresar, cuando dan grandes pasos, aunque sean fuera de camino. Quiérese una sociedad sin religión y sin más miras ni esperanzas que lo presente; una civilización sin moral, dado que ésta sin religión es vaga, deficiente y carece de sanción; una cultura sin costumbres; una libertad sin freno, ó sin otro que la fuerza bruta; un progreso, en fin, sin regulador moral: todo lo cual déjase conocer cuán ajeno es de aquella criatura, que ostenta impresa en su

(1) *Tim. VI. 20.*

semblante *la lumbre de la faz divina* (1). Pero Dios, que *dejó al hombre*, al decir de la Escritura Santa, *en manos de su consejo* (2), añadióle mandatos y preceptos: *adjecit mandata et praecepta*, como se lee á continuación, dándole así á entender que le era concedido el libre albedrío, no para vivir sin freno y practicar el mal, sino para obrar el bien por elección y con mérito, haciéndose acreedor á eternas y magníficas recompensas.

VIII

Por lo demás, lejos de oponerse la Religión á que trabajemos y progreseemos en ninguna de las esferas de la actividad humana, recomienda y santifica el trabajo, reprobando la indolencia bajo la imagen del campo del perezoso (3) que solo produce espinas y maleza, y excitando así nuestra laboriosidad, á efecto de que, sin olvidar las necesidades del alma, que exigen otro pan que el material, nos procuremos bienestar terreno. Fuera de aquí, fuera de la Religión, que abarca lo visible y lo invisible, lo eterno y temporal, y provée convenientemente á todas las necesidades humanas, fuera de la moral católica basada sobre los preceptos del Altísimo, en los cuales, en frase de la Escritura, *está todo el hombre* (4), no hay para éste verdadero interés social, ni civilización estable, ni cultura sólida y permanente. De nada sirve ostentar un sentimiento vago de religión sin prácticas ni dogma fijo; de nada vale la llamada moral universal, ideal peregrino y constante aspiración de las malhadadas sectas, que con acción misteriosa socavan y falsean todo el orden religioso y social, en todo influyen siniestramente, y todo lo traen perturbado. Una vez abolido el principio religioso, que no es ni puede ser otro que el dogma católico, la moral no subsistiría; estuviera llamada á desaparecer, porque no tendría unidad, ni fijeza en sus preceptos, ni menos aquella fuerza, que le es necesaria, si ha de superar obstáculos, domeñar pasiones, y rechazar con varonil entereza los alicientes de la seducción. ¡Moral universal! ¡moral independiente! ¡moral emancipada!... Pero

(1) *Psalm. IV. 7.*

(2) *Eccles. XV. 14. 15.*

(3) *Prov. XXIV.*

(4) *Eccle. 12, 13.*

¿dónde está su código, y la autoridad inviolable y sagrada que custodie su pureza? La pobre razón humana, que desde los tiempos primitivos, cuando la antigua revelación fuera olvidada ó desfigurada, se había mostrado impotente para idear un código de preceptos y máximas morales enteramente conforme con los principios eternos del orden natural y racional, aparecería nuevamente poderosa para disipar y adulterar las reglas sagradas de la moral evangélica, que ahora ostenta muy ufana como fruto exclusivo de sus estudios y desvelos. Y esa, que sin ser otra cosa que un miserable plagio de la moral católica, es proclamada á los cuatro vientos como producto meramente racional, iría menoscabándose poco á poco bajo la acción deletérea del filosofismo impío, hasta coincidir con la moral del paganismo, baldón é ignominia de la razón humana. Y entretanto, y mientras se recorría ese periodo de inestabilidad, que sería celebrada como progresivo desarrollo debido á la perfectibilidad de las obras humanas, los preceptos morales, que quedasen en pié, tornaríanse de todo punto estériles y sin resultado práctico como destituidos de sanción competente. Porque ¿de dónde habrían de tomarla? Sólo el dogma católico puede darles fijeza, sólo él puede ser garantía de su observancia.

Bien comprendieron esto, y lógicamente procedieron los dos famosos jurisconsultos ingleses Grocio y Puffendorf, cuando, establecido en aquel país el Protestantismo, ensayaron separar el Derecho, no solamente de la Religión, sino también de la Moral; pues, quedando ya la primera sin su antigua inmovilidad, tampoco la segunda podía ser estable. No habrían ideado ellos seguramente divorcio tan absurdo, si hubiesen de relacionar el Derecho con la Moral católica, fija é inalterable como identificada con la Religión, que también lo es. Ahí y sólo ahí es dado encontrar la regla suprema de toda justicia y la base fundamental de la civilización verdadera.

Reclama esta con efecto, hoy más que nunca, dada la condición de los tiempos actuales, un fundamento inmóvil, que lo sea tanto más, cuanto mayor es la impulsión evolutiva de los adelantos materiales, y más vivo é intemperante el espíritu de controversia. Hay que equilibrar estos dos elementos: el de tradicional estabilidad y el legítimamente progresivo; siendo muy de temer que como las modernas sociedades sólo se preocupan del segundo, lleguen por fin á oscurecerse los eternos principios de orden y de moralidad, desapareciendo

la genuina civilización, cuya pérdida de pronto sería menos notoria y por lo tanto más irreparable bajo la deslumbrante fascinación de la cultura.

IX

Importa, pues, en gran manera, amadísimos hijos nuestros, no solo á los individuos, sino á la sociedad entera, retener el depósito sagrado de la fé y de la moral católica; pero no únicamente en teoría, sino también en la práctica. Y aquí está precisamente la gran dificultad: *hoc opus, h'ic labor*; como que para ello necesita el hombre sobreponerse á su orgullo nativo, y á sus pasiones é inclinaciones perversas, que sin cesar conspiran á ofuscar su ánimo, *reteniendo cautiva en injusticia la divina verdad* (1). Son las buenas obras como un cierto combustible, que alimenta y sostiene el fuego sagrado de la fé: por eso dice Santiago el menor en su Epístola canónica que *la fé sin las obras está muerta* (2).

Vosotros, pues, llamados, á no dudarlo, á influir en el mundo beneficiosamente dentro de la esfera religiosa y moral, no habreis de contentaros con blasonar de católicos y confesar, como lo haceis, públicamente á Jesucristo con frente serena y á cara descubierta; que no basta, como Él advierte, exclamar ¡Señor! ¡Señor! si no se hace la voluntad del Padre celestial (3). Cooperad, pues, á la gracia de vuestra santa vocación, y mostraos al mundo, no solo cual modelos de inquebrantable fé, sino también de toda obra de justicia y caridad. Os hablamos como á hijos queridos; permitidnos, pues, inaugurar nuestro apostolado entre vosotros, sugiriéndoos, sobre el particular indicado, algunos documentos y consejos.

No os enamoreis de la figura pasajera de este mundo, ni corrais en pos de frívolos honores, en los cuales, como en todo, solo hallaríais decepción y vanidad. No os importe estar á la derecha ó á la izquierda en los tabernáculos de gloria, erigidos por los que rigen los destinos de la humanidad ó por los hijos mimados de la fortuna; sino resignaos en todo caso á apurar el cáliz más ó menos acerbo, que tal vez el Señor os tenga preparado. ¿Quién es el que puede eximirse de beber si-

(1) *Rom. I. 18.*

(2) *Jacob. II. 16.*

(3) *Math. VII. 21.*

quiera de él algunas gotecitas? No codicieis con excesivo afán las riquezas que perecen, ni pegueis á ellas vuestro corazón; amad antes bien las que siempre subsisten, y cifrad vuestro tesoro en la fiel observancia de los preceptos del Altísimo, que ciertamente *ha de aprovecharos más que el oro* (1). Basta respecto á éste una solicitud moderada, sin sed, sin ansia, sin ardores de codicia, sin idolatrar el preciado metal, y á cubierto de las inquietudes y sobresaltos del avaro. Y si el Señor os enviase pobreza, preferible es en todo caso la suerte del pobrecito Lázaro á la del rico soberbio, que sordo á sus clamores, vestía púrpura y finísimo lino y comía y bebía regaladamente (2). Aceptadla como medio que la Providencia os ofrece de ejercitar más fácilmente la virtud y declinar los vicios y pecados, que pululan y prevalecen á favor de las riquezas, llamadas ya por esto en la antigüedad pagana *incitamenta malorum*.

¡Cuán extraño es y digno de lamentarse que, formándose de ellas tal idea aún entre paganos, haya tantos discípulos de Cristo, que anhelan á enriquecerse sin reparar en medios, cifrando toda su dicha en adquirir y poseer, y que sin apreciar tampoco la moderación y templanza, que aún entre los Epicúreos era recomendada, solo aspiren, desconociendo su propia dignidad, á multiplicar goces materiales y nauseabundos!

Para algo más alto hemos nacido, A. H. N., y á destinos más nobles hemos sido llamados al regenerarnos en Cristo. Coherederos suyos y herederos de Dios, excede á todo alcance la santidad de nuestra vocación y lo sublime del honor á que hemos sido levantados. Despojáos, pues, del hombre viejo, de las malditas obras del hombre de pecado, para revestiros del hombre nuevo, Cristo Señor Nuestro, de su humildad, de su mansedumbre, de su modestia, de su celo por la gloria del Padre, de la encendida é inagotable caridad de su sacratísimo Corazón; y esmerándoos en cumplir con toda fidelidad sus divinos preceptos y los de su santa Iglesia, sea para vosotros, como lo era para Él, la principal comida, hacer la voluntad del Padre celestial (3).

Que esto vea el mundo y se edificará; que lo vean sobre todo vuestros hijos, á quienes, más que riquezas materiales, habréis de le-

(1) *Eccli. XXIX. 14.*

(2) *Luc. XVI.*

(3) *Joan. IV. 34.*

gar, para trasmitirlo á las generaciones sucesivas, un rico patrimonio de virtuosos ejemplos y de cristianas enseñanzas. Por cuya vía vendrán ellos á ser la corona de vuestra ancianidad; y la hora suprema, en que exhaleis en sus brazos el último suspiro, lejos de ser para vosotros pavorosa, se os tornará dulce y apacible.

X

A tal efecto debemos recomendaros que no os aficionéis demasiado á la vida pública, haciéndoos como huéspedes en vuestra propia casa, sin cuidaros del régimen doméstico ni de la educación de la familia. Entre esta, que nó en los cafés, y casinos, y casas de juego, y círculos políticos, habreis de hallar goces puros é inocentes, no ocasionados á rudos choques y violentas emociones, y que no dejan en el corazón hiel de amargura, sino paz y dulcedumbre.

Enseñad este retraimiento cristiano á vuestros hijos los que los tenéis y encarecedlo sobremanera á vuestras hijas, guardándoos, y haciendo se precavan también sus madres, de fomentar en ellas el lujo y profanidad, que tan funestas consecuencias acarrea. Entiendan unas y otras que su principal adorno ha de ser la modestia, y su más preciada belleza la piedad cristiana, en la seguridad de que aún el mundo sabe respetar esas preseas, por más que alguna vez parezcan ser á sus ojos objeto de desdén y menosprecio.

Inclinad á esos seres queridos á amar con preferencia á Dios, que lo demás es desvarío. Siendo Él, como es, eterno prototipo de toda hermosura y ésta en las criaturas un lijero reflejo de la divina, amar al imperfecto y desfigurado trasunto, prefiriéndolo al original de perfección infinita, que le ha servido de modelo, es proceder indigno fuera de todo orden natural, ó mejor diremos, opuesto á él con arbitrariedad impía. No sea así en vuestro recinto doméstico. Reine allí Dios por amor, y ejerced allí vosotros cierto linaje de sacerdocio, que os está reservado, ofreciendo al Señor, en unión con vuestras familias, un sacrificio perpétuo de vuestras acciones, de vuestras palabras, de vuestros pensamientos y deseos, ordenándolo todo á su mayor gloria, y haciendo todas las cosas en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por Él al Padre celestial (1). A esto ha de

(1) *Colos. III. 17.*

aspirar cada uno de vosotros, y á que fielmente se reproduzca en vuestras casas aquel hermoso cuadro, que de la familia cristiana traza el Apóstol en su epístola á los Colosenses: «Casadas, estad sujetas á vuestros maridos, como conviene, en el Señor. Maridos, amad á vuestras mujeres, y no seais desabridos para con ellas. Hijos, obedeced á vuestros padres en todo, porque esto es agradable al Señor. Padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos para que no se hagan de ánimo apocado. Siervos, obedeced en todas cosas á vuestros señores temporales, no sirviendo al ojo como para agradar á los hombres, sino con sencillez de corazón, como por el Señor y no por los hombres, sabiendo que recibireis de Él el galardón de la herencia» (1). Y exhortando á los Corintios al desprendimiento para con los pobres, les dice: «Sabeis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, á fin de que nosotros fuésemos ricos por su pobreza;» es decir, ganándonos por sus méritos los tesoros de la gracia, de la justicia y de la gloria... (2). No que los otros hayan de tener alivio y vosotros quedeis en la estrechez, sino que haya igualdad.» Al presente vuestra abundancia supla la pobreza de ellos, para que la abundancia suya sea también suplemento á vuestra indigencia, de manera que haya igualdad;» (3) como si dijese: para que, según socorrais á los pobres con limosnas materiales, las oraciones y ruegos de estos os granjeen como fruto los bienes espirituales.

XI

No habría cosa más bella que una familia por tales principios dirigida, ni más codiciable que una sociedad constituida de familias tales. Un pueblo así ordenado gozaría bienandanza, disfrutando aquella libertad legítima que Jesucristo nos donó, sin aspirar por medio de asonadas y tumultos á otra bastarda, que suele resolverse en más opresora y humillante servidumbre. Nada podría turbar su estabilidad y sosiego, y vendría á ser mansión de paz y prosperidad, y de só-

(1) *III. 18 et. seg.*

(2) *2 Cor. VIII. 9.*

(3) *2 Cor. VIII. 14.*

lido é incontrastable progreso. Este es y solo este el verdadero arte de gobernar, y la gran solución, la única posible de la temerosa cuestión social, que en vano se procura resolver con especulaciones filosóficas y económicas teorías, que, llevadas al terreno práctico, no dan otro fruto que decepciones miserables. Caridad, desprendimiento, moderación en los poderosos; sufrimiento y resignación cristiana en las clases humildes, animándose unos y otros á practicar sus respectivos deberes y sacrificios con la esperanza de una vida ulterior, en que desaparecerá todo abuso, todo malestar, toda desigualdad y desorden, recibiendo cada uno, sin acepción de personas, galardón ó castigo según sus obras: tal es, no nos cansaríamos de repetirlo, la solución única posible del difícil y pavoroso problema, que aparece planteado en medio de las modernas sociedades; y á prepararla y facilitarla deben dirigirse nuestras miras y enérgicos esfuerzos.

A tal propósito, plácenos transcribir asimismo y encareceros vivamente, A. H. N., las siguientes palabras del Apóstol san Pedro, que debieran no olvidarse en el régimen y dirección de la cosa pública. «Ruégoos, pues, amados míos, como á extranjeros y peregrinos que sois en este mundo, que os abstengais de los deseos carnales, que combaten contra el alma, llevando una vida ajustada entre las gentes... para que considerando las buenas obras, que observan en vosotros, glorifiquen á Dios... Estad, pues, sumisos, á toda humana criatura que se halle constituida sobre vosotros, y esto por respeto á Dios, ya sea al Rey como soberano que es; ya á los gobernadores como enviados por él, ora para castigar á los malhechores, ora para alabanza y *premio* de los buenos. Porque así es la voluntad de Dios, que, obrando el bien, hagais enmudecer la ignorancia de los hombres necios é insensatos: como libres, sí, no tomando la libertad á manera de un velo para cubrir la malicia, mas como siervos de Dios, esto es, por amor. Honrad á todos, amad á los hermanos, temed á Dios, dad honor al Rey. Siervos, sed obedientes con todo temor y *respeto* á los señores, no solamente á los buenos y apacibles, sino aún á los de recia condición; porque el mérito está en sufrir uno por respeto á Dios que le vé, penas impuestas injustamente. Porque ¿qué gloria es si, pecando, sois abofeteados y lo sufrís? Mas si haciendo bien, sufrís con paciencia *los malos tratamientos*, en esto está el mérito para con Dios; que para esto fuisteis llamados á *la dignidad de hijos de Dios*, ya que Cris-

to padeció también por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigais sus pisadas (1).»

XII

A vosotros, venerables Sacerdotes seculares y regulares, toca seguir estas en primer término, y dar mucha gloria á Dios nuestro Señor mediante una vida ejemplar y la aplicación á las tareas de vuestro santo ministerio. A tal intento, precaveos del aseglaramiento y la disipación, viviendo retraidos del comercio mundano; que el espíritu de Dios, del cual habeis de hallaros siempre poseidos, no reside entre los torbellinos y las borrascas, ni entre el ruido de las muchas aguas, sino entre el soplo de una aura apacible y suave (2); en la oración, en el estudio, en el recogimiento, en la amable y santa soledad. ¡Cuánto daño hace al espíritu sacerdotal esa atmósfera del mundo, á la cual no podemos enteramente sustraernos! Y es un linaje de desventura que todos, más ó menos, nos vemos precisados á probar y lamentar. Porque ¿dónde está si nó el sacerdote dichoso, que, en medio de una vida consagrada á los trabajos evangélicos, no temiera le interpelase el Señor diciéndole como al angel de Efeso, ó sea al Obispo de aquella ciudad, probablemente al Santo Obispo Timoteo: *Has sufrido por mi nombre y no has desfallecido. Mas tengo contra tí que has dejado el fervor de tu primera caridad. Acuérdate, pues, de dónde has caído; y arrepiéntete y haz las primeras obras?* (3).

Por lo que á Nós toca, hemos de confesároslo, el comparar lo que éramos en los primeros años de nuestro sacerdocio con lo que ahora somos, nos causa confusión y estremecimiento. Porque tanto menos satisfechos y seguros debemos hallarnos los que á Dios nos hemos consagrado, cuanto que Él ha de pedir cuenta á cada uno en proporción á las gracias y medios de santificación que le dispensó; lo cual, tratándose de sacerdotes, rebasa en gran manera la medida ordinaria. Porque, si al ama que lacta al hijo de un Rey, se le asiste y regala para que crie robusto al regio infante ¡cuán abundoso no deberá ser y regalado el alimento sobrenatural de luces y de gracias, que reciben los destinados á criar y nutrir los hijos espirituales del Rey

(1) 1. Petr. II. 11 et seq.

(2) Reg. XIX. 12.

(3) Apoc. II. 3. 4.

del Cielo! *Arrepiéntete...* se le dice al Santo Prelado, *porque si no, voy á tí, y moveré tu candelero de su lugar* (1): como si dijese «quitaré á tu Iglesia la antorcha de la fé, y la trasladaré á otra parte.» ¡Qué tremenda amenaza por un motivo, que pareciera liviano! «La mayor parte de los intérpretes, dice el P. Scio, creen que la queja mira á la Iglesia de Efeso, y no á la persona de S. Timoteo; mas las culpas y faltas del pueblo se atribuyen al pastor; el cual, por santo que sea, no está exento de imperfecciones y omisiones en el cumplimiento de su ministerio.» ¡Qué carga la del Episcopado!! Pero como vosotros, amados consacerdotes, que tomáis parte de nuestra solicitud, habeis de tenerla también en la responsabilidad, incúmbeos asimismo vivir con vigilancia y siempre poseidos de un temor santo.

En fuerza del cual, huid de todo aquello que pudiera desvanecer y haceros participar del espíritu profano; como que infiltrándose poco á poco en vuestro corazón, vendría á hacer menos fructuosas, y por ventura estériles de todo punto, las tareas de vuestro santo ministerio. «Dejando á los muertos que entierren á sus muertos (2),» aplicaos al ejercicio de aquellas con asiduidad infatigable, sirviéndoos de estímulo los ejemplos del divino Salvador y de sus apóstoles, con especialidad los de nuestro ínclito patrono, á quien se apellidó *Hijo del trueno* por el ardor y actividad de su santo celo; y alentándoos sobre todo con la legítima esperanza de que, al dejarse ver el Príncipe de los Pastores, recibiréis corona de inmarcesible gloria (3). Grábense al efecto en vuestro ánimo y tened siempre ante los ojos, como norma de vuestra conducta, aquellas severas palabras del Santo Concilio de Trento: *Clerici non ad propria commoda, non ad divitias, non ad luxum, sed ad labores et sollicitudines pro Dei gloria vocatos esse intelligant.*

XIII

No menos habeis de considerarlas también vosotros para probar y aquilatar vuestra vocación, amados Seminaristas, bella esperanza de la Iglesia, y objeto preferente, que habeis de ser, de nuestro cariño y

(1) *Ibid.* V. 5.

(2) *Math.* VIII. 22.

(3) *1 Petr.* V. 4.

solicitud. Meditadlas, y comprended á vista de ellas cuál sea en lo porvenir vuestra misión; y si os place perseverar en vuestro santo propósito, aparejaos para desempeñarla en su día con provecho. En gran manera os encarecemos á este fin la adquisición de la ciencia, la cual, si siempre ha sido necesaria en el Sacerdote, como que sus labios, según dice el Señor por Malaquías, están destinados á custodiarla (1), lo es hoy con particularidad, cuando todo se discute y pone en tela de juicio; pues dado que poco ó nada hemos esperado ni nunca esperaremos de la discusión, sostenida siempre por nuestros adversarios con espíritu de soberbia, obstáculo poderoso al triunfo de la gracia, bueno es sin embargo que sepais en todo caso deshacer sus argucias y sofismas, y dar razón á cualquiera que os la pida de vuestra fé y del fundamento de vuestras consoladoras esperanzas.

Estudiad, pues, con ahinco, no para adquirir bienes temporales, ni para arribar á puestos honoríficos, ni aspireis á saber para ser sabidos, en todo lo cual hay torpe vanidad; sino para emplear vuestro saber en beneficio del mundo, y tributar mucha gloria al que os dá sabiduría. Pero ya que apreciamos en vosotros la aplicación á los estudios y el aprovechamiento en ellos, más nos satisfarán empero vuestros adelantos en la virtud, la cual en el Sacerdote es preferible á la mucha ciencia; porque bien que haya dicho S. Isidoro que «mientras la ciencia sin la virtud hace al sacerdote presuntuoso y altanero, la virtud sin la ciencia le hace inútil,» es sin embargo una verdad que si Dios se ha valido muchas veces de ignorantes para confundir á la falsa sabiduría, jamás ha elegido á los viciosos para confundir la virtud falsa.

Sean, pues, vuestro lema aquellas preciosas palabras de S. Agustín: *stude quasi semper victurus, vive quasi semper moriturus*. Y dando en todo caso justa preferencia á esta ciencia de los Santos, que se aprende en el que llamaba S. Felipe Benicio su único libro, el santo Crucifijo, ¿quién sabe si el Señor, satisfecho de vosotros, os franquearía también los tesoros de la ciencia por procedimiento parecido al que usó con Salomón que, pidiéndole sabiduría, obtuvo además riqueza y gloria? En todo caso ¡Feliz, Dios mio, habeis de exclamar con S. Agustín, *el que te sabe á Tí, aunque otras cosas ignore!*

(1) II. 7.

XIV

En esa dichosa ciencia, aunque otras desconozcais, pues que no os hacen falta, habeis de abundar vosotras, amadas Religiosas; y desde vuestro santo retiro podréis ser utilísimas á la Iglesia y transformaros en nuestros mejores auxiliares. ¡Cuánto han contribuido siempre las buenas Religiosas al bien del mundo! aunque hoy desgraciadamente no falta quien pregunte ¿para qué sirven? Compréndese esta pregunta en un mundo descreído, en que sólo se aprecia lo que se vé, y se palpa, y produce ventajas materiales.

Por lo demás, hasta qué punto han sido útiles á la Iglesia y á la humanidad las santas Religiosas, puede aprenderse en el ejemplo de la gran Teresa, á quien fué mostrado en visión que, mediante sus oraciones, había tenido parte muy principal en el éxito de las empresas apostólicas de su tiempo; y pasando en silencio otros hechos análogos, es maravilloso el que se lee en la vida de la Venerable Madre María de Jesús de Agreda, de haber sido trasportada por modo sobrenatural, no pudiendo darse cuenta de si en el cuerpo ó fuera del cuerpo, á trabajar en la conversión de los indios de América, donde predicaba y catequizaba y hacía más conversiones que juntos varios celosos misioneros. Y puesto que tal maravilla no haya sido aún sancionada por la Iglesia, ni tampoco habría de repetirse fácilmente ¿quién se atrevería en todo caso á poner en tela de juicio que Dios tiene medios infinitos para evitar se esterilicen las ánsias de celo apostólico concentradas en almas inocentes, que viven abrasadas en amor de su gloria? Mucho, pues, podreis contribuir vosotras al bien del mundo, amadas hijas nuestras, siendo, como nos lo prometemos, fidelísimas á vuestra santa vocación, y guardándoos sobre todo de buscar, como las vírgenes fátuas, fuera del recinto del claustro la gloria de vuestra virginidad, con menoscabo del óleo de la caridad divina, que debe rebosar en el vaso de vuestros corazones. En vuestro santo retiro, llevando una *vida escondida con Cristo* (1), con quien místicamente os habeis desposado, no es fácil calcular hasta dónde llegará vuestro valer en el divino acatamiento. Utilizad-

(1) *Colos. III. 3.*

lo, pues, impetrando la conversión de los incrédulos y pobrecitos pecadores y el mejoramiento de la sociedad, seguras, como debeis estarlo, de que obtendreis por esa vía más feliz resultado, que en sus controversias los grandes sabios, y con sus predicaciones los ministros evangélicos, si no estuviesen llenos del espíritu de Dios.

XV

Mucho nos prometemos asimismo de las Comunidades de votos simples de los diferentes institutos establecidos en nuestra Archidiócesis para diferentes ministerios y oficios de caridad. Esa hermosa variedad de instituciones, que muestran paladinamente la divina fecundidad de la Iglesia, son un poderoso auxilio para la acción del sacerdocio católico; y Nós, en fuerza de este íntimo convencimiento que abrigamos, hemos de prestarles decidido apoyo, no solo por deber y por afecto, sino á ley de reciprocidad.

Tal es por motivos análogos nuestra disposición de ánimo respecto á las Conferencias de uno y otro sexo de S. Vicente de Paul, como que sus esfuerzos y sacrificios por el bien espiritual y temporal de las clases menesterosas las hacen acreedoras á nuestra predilección. Plácenos, pues, en gran manera el ver establecida esa Sociedad caritativa en esta y demás poblaciones principales de nuestro término jurisdiccional; y nos llena de consuelo el saber que, respondiendo á los fines de su institución, son ellas un medio efficacísimo para remediar, no sólo las necesidades físicas y materiales de la porción de pueblo que sufre en la estrechez y la miseria, sino también de suministrarle el pan espiritual de la educación cristiana, precaviéndole contra siniestras sugestiones encaminadas á separarle de Dios.

Prosigan, pues, estos nuestros amadísimos hijos é hijas, practicando infatigables, no ya la filantropía, remedo insulso de la caridad, sino la verdadera caridad cristiana, solícita, ingeniosa, incansable, que bendecida por Dios obra maravillas; aquella caridad recomendada por S. Pablo «paciente, benigna, no envidiosa, no inconsiderada, no altenera, no ambiciosa, no iracunda, no inclinada á pensar mal, que no se goza en la iniquidad sino en la verdad, sufriendolo todo, sopor-

tándolo todo, firme é incontrastable en su esperanza.» (1) *Es ella la plenitud de la ley*, como dice el mismo Apóstol (2); la preciosa síntesis de cuanto en el Evangelio se nos manda y aconseja. «Al propio modo, dice S. Gregorio, que en el árbol proceden de una sola raíz multitud de ramas, así brotan de la caridad muchas y variadas virtudes, ni el ramo de la buena obra tiene verdor y lozanía, si es que no subsiste en la raíz de la caridad (3)».

XVI

La recomendamos, pues, hoy con vivo encarecimiento á todos nuestros queridísimos hijos; y puesto que esa santa virtud tiene dos objetos, Dios y el prójimo, amad á Aquel, os diremos, en primer término, y entregadle sin reserva vuestro corazón; ya que á cambio de beneficios sin cuento, recibidos diariamente de su divina bondad, nada de más pudiéramos ofrecerle. Parecíale muy grande á San Agustín su propio corazón, porque nada llegaba á saciarle: halló á Dios, y ya ese corazón le parecía pequeño, y deseaba que todo su cuerpo fuese lámparas y aceite toda su sangre, para que todo él ardiese en el amor divino. Y puesto que ese Dios, que *es caridad* (4), nos ordena amar al prójimo en El y por Él, unámonos así todos y estrechémonos más y más con los hermosos lazos de ese vínculo sagrado, cual verdaderos hermanos, que lo somos en Cristo, y bajo el amparo y protección del grande Apóstol Santiago, que es asimismo nuestro padre común; dado que si bien hemos tenido muchos pedagogos en Cristo, muchos y buenos maestros y predicadores, á él y sólo á él cabe la gloria de habernos engendrado en Cristo Jesús por el Evangelio.

XVII

Bajo esta valiosa salvaguardia, y la leal y decidida cooperación, con que sin duda nos favorecerán, á parte de nuestro amado clero, todos los buenos y excelentes católicos, aquí más numerosos y solíci-

(1) *Cor. XIII 4 et seq.*

(2) *Rom. XIII. 10.*

(3) *Homil. 27.*

(4) *Cor IV. 15.*

tos de la gloria de la Religión que en otras Diócesis, no ha podido menos de reanimarse nuestro corazón, antes desalentado y abatido ante la perspectiva del trabajo, que debe ofrecer esta Archidiócesis, y de nuestra propia debilidad y flaqueza. Harto lo echamos de ver, y con sinceridad lo hemos protestado: no reunimos las dotes relevantes de los esclarecidos Prelados, que con gloria nos precedieron en esta Silla. y siguiendo el llamamiento de Dios venimos á ocuparla con inmensa desventajas, no todas de todos conocidas. Mas, como quiera que, a imitación del divino Salvador, no hemos de buscar nuestra gloria, sino la de Aquel que nos envió, y la salud eterna de las almas, que le plugo encomendarnos, confiando en sus soberanos auxilios, que por los medios indicados esperamos obtener abundantes y eficaces, ábrese desde luego nuestro pecho á las más dulces y lisonjeras esperanzas.

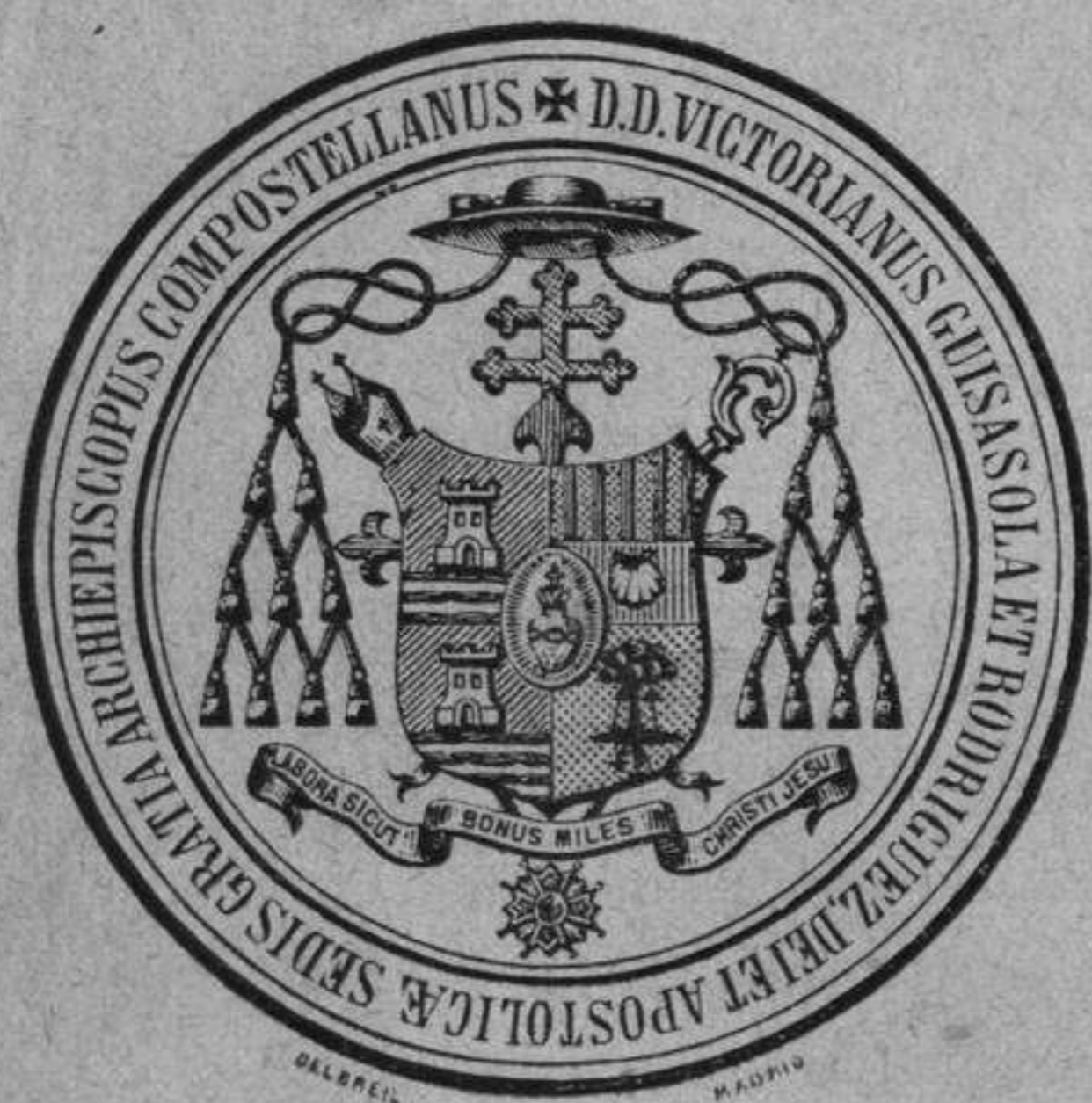
Las abrigamos respecto á nuestra amada Archidiócesis Compostelana, que ha de fortalecerse en la fé de sus mayores y restaurar cumplidamente la primitiva pureza de sus costumbres, mejorándose y santificándose más y más para servir á otras de estímulo y modelo. Las abrigamos asimismo en punto á nuestra querida pátria, cuya fé y religiosa piedad, merced al favor divino y á la mediación de su gloriosísimo Patrono, no han padecido, relativamente á otras naciones, tan lamentable quebranto, por más que en épocas dadas parecieran ocultarse aquellas, como bajo de cenizas misteriosa centella destinada á reanimar el fuego sacro. Abrigamos, en fin, y vivamente acariciamos esa consoladora esperanza en orden á la Iglesia toda, que en el providencial hallazgo de los santos despojos del Protomártir insigne del Apostolado, parece haber recibido como una prenda del poderoso celestial auxilio, con que al cabo ha de tener término la situación por extremo angustiosa del Vicario de Cristo, y la que la misma Iglesia generalmente viene atravesando, coartada por doquiera en su nativa libertad y vilipendiados sus fueros sacrosantos. Hágalo Dios por la intercesión del Santo Apóstol.

Y á fin de que así sea, y que esas nuestras esperanzas no se queden frustradas, sino que se traduzcan en bella realidad, os damos, amadísimos hijos, con toda la efusión de nuestra alma, nuestra bendición pastoral, augurio y prenda de la divina, en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo † Amen.

Dada en Nuestro Palacio Arzobispal de Santiago de Compostela á veinticinco de setiembre de mil ochocientos ochenta y seis.

† VICTORIANO,
ARZOBISPO DE SANTIAGO.

Por mandado de S. E. I. el Arzobis-
po, mi Señor,
DR. VICTORIANO GUIASOLA Y MENÉNDEZ,
Canónigo Secretario.



Esta Carta pastoral se leerá en todas las parroquias en la Misa conventual el domingo siguiente á su recibo; y si pareciese larga, se dejará parte para el inmediato.

